

## CONFIANZA

Jesús no era, como muchos de sus amigos, un experto pescador. Eran ellos quienes sabían leer los vientos y las corrientes y, con ello, el movimiento de los cardúmenes de peces. Habían pasado toda la noche intentando pescar y no lo habían logrado. Cansados de intentarlo regresan, desanimados, a la orilla. Una persona, desde la orilla, les dice algo aunque no llegan a poder complacerle puesto que les pide ese pez que no han logrado obtener. Entre la orilla y el fuego encendido se alzaba esa sombra humana que les pedía un pez. Las chispas del fuego que se elevaban movidas por la brisa le daban, a aquella sombra, un aspecto por demás impactante. Es, entonces, cuando el hombre de la orilla les da una sugerencia que podía resultar inaceptable para aquellos curtidos pescadores. Le escuchan y le hacen caso. Lanzan la red en la dirección que les indicó y la misma captura esos peces que habían buscado durante muchas horas de la noche. Ahora ya poseen el pez para compartir con aquel hombre. Están seguros de saber quién es pero no se animan a preguntarle. Así actúa, muchas veces, Jesús. Cuando todo parece llenarse de "nubes de tormentas" Él nos habla para que, haciéndole caso nos descubramos con tanta luz interior que debemos compartirla. Con Él nuestras tormentas se llenan de luz, de SU luz. Es que jamás nos deja para que las tormentas se apoderen de nosotros. Si nos dejamos conducir por nuestras capacidades nos podremos ver inmersos en tormentas que nos abruman y desaniman. Nuestras capacidades nos conducen desde la lógica que hace a las cuestiones humanas. Lo de Jesús nos conduce por la confianza y ella no sabe de lógicas. La confianza nos hace esperar contra toda esperanza. La confianza nos permite ver el sol brillante entre las nubes de tormenta. La confianza nos hace descubrir que siempre tendremos oportunidades de ser útiles por más que todas las puertas parece que nos encierran. La confianza nos regala una libertad que jamás nos podrán encerrar por más que nos rodeen de rejas que nos pretendan impedir ser. El hombre en la orilla del lago nos pide un acto de confianza en Él aunque lo suyo no sea el camino de los expertos humanos. Produce más dicha dar que recibir. Lo más seguro es salir a la intemperie y entrar en sintonía con lo que allí encontramos. Cuando brindamos lo que somos nos hacemos inmensamente ricos como personas. Nos realizamos no por lo que tenemos sino por lo que somos. El hombre de la orilla nos hace volver a creer aunque todo nos haga suponer que la tormenta nos quitará la felicidad de ser lo que somos. El hombre de la orilla está allí para que compartamos con Él y así podamos continuar compartiendo con otros. El hombre de la orilla está allí para que nuestra búsqueda tenga sentido en la medida le sepamos escuchar y hacerle caso.

Su presencia tiene sentido en cuanto nos motiva a redoblar nuestra confianza en Él y luego de todo un tiempo de, aparente frustrante búsqueda, nos ayude a sentir que nuestra búsqueda adquiere sentido pleno. Mientras colocaban alguno de aquellos peces en el fuego para que se cocinasen aquellos rostros curtidos por las horas en el agua desde su condición de pescadores se llenaban de sonrisas y miradas alentadoras. El hombre de la orilla, cuando le hacemos caso, siempre despierta en nosotros nuestras mejores sonrisas. Mientras tanto, allí, en lo alto de aquella noche, la luna se unía a aquellos hombres que, dichosos, compartían trozos de pescado asado junto al hombre de la orilla.

Padre Martin Ponce de Leon SDB